

HISTORIA

Biblia y traducción (19): «He aquí que la virgen
grávida...»

Por Juan Gabriel López Guix

«El Señor mismo os dará por eso la señal: He aquí que la virgen grávida da a luz, y le llama Emmanuel» (Nácar-Colunga). En el trágico catálogo de las palabras cuyas traducciones han dejado tras de sí a lo largo de la historia un rastro de sangre, conflicto y sufrimiento, la voz hebrea *almá* de Isaías 7:14 merece sin duda un puesto de honor. *Almá* designa simplemente a una muchacha, una joven sin hijos, de un modo similar a lo que ocurre con el *párthenos* utilizado por la Septuaginta (siglo III a. e. c.). En realidad, esta palabra griega no debe interpretarse en términos físicos, sino sociales; puesto que los médicos griegos desconocían la base fisiológica de la virginidad femenina. Un significado al margen de toda base fisiológica es sin duda el pertinente en Proverbios 30:18-19, otra de las escasas apariciones (siete) de la palabra *almá* en el texto hebreo, que en Reina-Valera (1995) aparece así: «Tres cosas me son ocultas, y una cuarta tampoco conozco: el rastro del águila en el aire, el rastro de la culebra sobre la peña, el rastro de la nave en medio del mar y el rastro del hombre en la muchacha».

En su contexto original (siglo VIII a. e. c.), las palabras de Isaías, citadas más arriba en la traducción de Nácar-Colunga (y que otras versiones trasladan en futuro), se enmarcan en un momento de crisis en que el rey de Judá ve peligrar su reino bajo el ataque concertado de dos enemigos; la referencia a la joven que va a dar a luz (la mujer del rey, quizá) constituye un mensaje tranquilizador pues el profeta asegura que la dinastía de David sobrevivirá y que las tierras de los dos reyes enemigos serán abandonadas antes de que el niño sepa distinguir el bien del mal (un niño cuyo nombre —Emmanuel, Dios con nosotros— es un recordatorio de la protección divina). Ocho siglos más tarde, el pasaje es convertido en profético con su reutilización en el primer capítulo del Evangelio de Mateo, donde un ángel se aparece en sueños a José y evita que éste repudie a su prometida encinta (de un hijo que no se llamará Emmanuel).

La aparición de la Vulgata, en el paso del siglo IV al V, coincidió con un momento de honda preocupación por el ascetismo, la vida monástica y el papel de la mujer en el seno del cristianismo. Esa época vio una exaltación de la virginidad y el encumbramiento del culto a María, declarada siempre virgen. Se trataba de una cuestión polémica que obligó a reinterpretar otros fragmentos bíblicos (donde Jesucristo habla de sus hermanos, por ejemplo) y que a partir de ese momento generaría anatemas y persecuciones, enfrentaría a heresiarcas y doctores de la Iglesia, alimentaría sectas y concilios, enconaría disputas teológicas y cismas.

Al traducir *almá* por *virgo*, Jerónimo abandonó la indefinición del hebreo y del griego y apostó decididamente por la virginidad perpetua de la Madre de Dios. El nacimiento de Cristo cumplía además la esperanza de redención poseidénica anunciada en el llamado Protoevangelio (Gén 3:15), y así fue representado por Caravaggio en su *Virgen de los palafreneros*. El nacimiento del seno de una virgen incorrompible de ese nuevo Adán que era Cristo contrapuso a Eva con María y, entre otras cosas, reforzó la relación entre sexo y pecado. La pureza mariana se completó muchos siglos más tarde con la proclamación el 8 de diciembre de 1854, cinco años antes de la publicación de *El origen de las especies*, del dogma de la Inmaculada Concepción, que sostiene que María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción.

Como se intuye con facilidad, los comentarios que se esconden tras la interpretación y la traducción de esa simple palabra llenan toneladas de páginas de exégesis. A lo largo de la historia, han producido hermosas cumbres del arte y la poesía mística, pero también dogmatismo y dolor. En todo caso, no estamos aquí, como suele considerarse con frecuencia, ante «error de traducción»; se trataría, en todo caso, de un «error de interpretación» o, mejor dicho, una interpretación alternativa. Y, curiosamente, la oscilación exegética quedaría plasmada en la Biblia de Ferrara (1553), donde algunos ejemplares traducen «moça», otros «alma» y otros «virgen».

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)